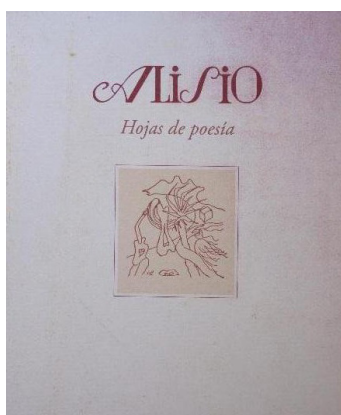


Pino Ojeda y las voces poéticas de posguerra: la revista *Alisio*. Hojas de poesía (1952-1955)

Covadonga García Fierro

La revista *Alisio. Hojas de poesía* (1952-1955) constituye una de las propuestas editoriales más interesantes y singulares del panorama poético de los años cincuenta en España; no solo porque la publicación –fundada y dirigida por la escritora y artista plástica Pino Ojeda desde Gran Canaria– reunió a las más significativas voces del momento, como las de Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre o Carmen Conde, sino también porque aunó arte plástico y literatura, y se nutrió de otras importantes voces, geográficamente *periféricas*: las de quienes escribían en las islas Canarias.

Con este artículo, nuestro objetivo es valorar y difundir la labor editorial de Pino Ojeda, para comprender así la estrecha relación –amistosa y literaria– que se entabló entre los escritores

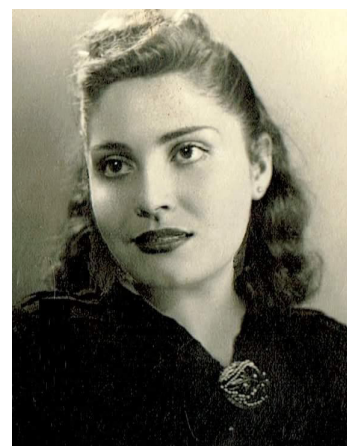


isleños y los peninsulares; así como el empuje y el alcance que tuvieron estos pliegos poéticos, en un momento histórico especialmente complejo como es el de la posguerra y la dictadura franquista.

1. Nacimiento de los pliegos, de la mano de Pino Ojeda.

Pino Ojeda Quevedo (El Palmar de Teror, 1916 - Las Palmas de Gran Canaria, 2002) es una de las escritoras y artistas plásticas de posguerra que alcanzaron mayor proyección internacional en los campos de la poesía y la pintura. Viuda y madre de un hijo a los veintidós años, la andadura de la autora bebe del trabajo en diversas áreas: pintora, escultora, ceramista, poeta, narradora breve, novelista, dramaturga y editora, además de regentar una librería; su perfil polifacético se completa al convertirse en la primera mujer en Canarias en fundar y dirigir una galería de arte. Este perfil muestra la fortaleza de una mujer que, a pesar de los obstáculos sociales y políticos propios de la dictadura franquista, reforzó su empeño en dedicar su vida al arte, la literatura y el pensamiento.

Pino Ojeda comienza a escribir poesía a partir de la trágica muerte de su marido en 1939, acaecida en el frente de batalla de Extremadura, durante la Guerra Civil Española. Este hecho vital origina una literatura inti-



mista que transita los temas de la soledad, el desamor, el paso del tiempo, la muerte y la esperanza. Su trayectoria se inicia en 1940, en la revista tinerfeña *Mensaje* –dirigida por Pedro Pinto de la Rosa–, donde da a conocer algunos de sus poemas. Además, esta revista publica su primer libro, *Niebla de sueño*, en 1947. Sin embargo, es en 1953, año en el que logra el Primer Accésit en el Premio Adonais con su poemario *Como el fruto en el árbol* (publicado en 1954), cuando empieza a ser reconocida a nivel nacional dentro del gremio de escritores, realizando lecturas y recitales en ciudades como Madrid y Barcelona, donde establece lazos de amistad con la pléyade de autores españoles de posguerra. En 1956, Pino Ojeda recibe el Premio Tomás Morales por *La piedra sobre la colina*, un poema dividido en doce estancias publicado en 1964. En 1987 aparece *El alba en la espalda*; y, en 1993, *El salmo del rocío*, libro de poemas que obtuvo el Primer Premio Mundial de Poesía Mística, convocado por la Fundación Fernando Rielo en 1991. Póstumamente se publica *Árbol del espacio* (2007), ilustrado por Plácido Fleitas y Juan Ismael. El resto de su obra literaria (poesía, relatos, obras de teatro, y una importante novela, titulada *Con el paraíso al fondo*, finalista del Premio Nadal en 1954) permanece, todavía, inédito.



En el ámbito plástico, la autora logró exhibir su obra en países como Estados Unidos, Suiza, Suecia, Alemania, Francia e Italia, donde realizó exposiciones individuales y colectivas, itinerantes y permanentes, en museos y galerías, recibiendo numerosos premios y distinciones, y las alabanzas de renombrados críticos de arte, que la consideran una de las precursoras del arte abstracto en Canarias.



Ya adentrándonos en la faceta editorial de Pino Ojeda, materia que nos interesa aquí especialmente, en 1952, la autora decide fundar la revista *Alisio. Hojas de poesía*, que seguirá publicándose hasta 1955. Está compuesta por pliegos poéticos que la poeta costea con sus propios ahorros, con el objetivo de establecer sólidos lazos creativos entre las islas y la península. Gracias a este empeño personal, durante dos años y tres meses los autores isleños y los escritores peninsulares más sobresalientes de la época pudieron leerse, escribirse y conocer sus trayectorias y proyectos. De ahí la enorme importancia de esta iniciativa que, como es evidente, buscaba que la literatura que se escribía en las islas, y también el trabajo plástico que se hacía, puesto que en *Alisio...* son muy importantes las ilustraciones, no quedaran atrapados entre los barrotes del mar sino, precisamente, que se rompiera ese límite ficticio y los textos pudieran arribar a tierra.

De esta imagen metafórica surge el título de la revista: *Alisio. Hojas de poesía* alude al vuelo de las páginas a través de los vientos característicos de Canarias, y a la capacidad que la poesía tiene, y conservará siempre, de romper fronteras. Además, como indica Sebastián de la Nuez en la introducción a la edición facsímil de *Alisio...*, realizada por la Viceconsejería de Cultura y Deportes (1995: [2]), este título, en cierto modo, continúa «la metáfora eólica de *La Rosa de los Vientos* (1927-28) de Tenerife», otra de las revistas emblemáticas del patrimonio cultural de Canarias.

En *Alisio. Hojas de poesía* publican autores destacadísimos de la época: se trata de escritores y escritoras pertenecientes a las llamadas Generación del 27 y Generación del 50, o bien situados entre ambas. Además, cabe destacar que cada poema, cada pliego, iba acompañado por una ilustración, en la que se retrataba a cada autor. En este sentido, *Alisio...* no solamente constituye una renovada conexión de creatividad y amistad entre Canarias y el resto del territorio nacional, sino también una apuesta por aunar arte plástico y literatura. La edición, caracterizada por una elegante sobriedad, se vio enriquecida al añadir, además, la firma autógrafa de cada autor.

2. Crecimiento y proyección de la revista

La relación completa de autores y trabajos es la siguiente, por estricto orden de aparición en la revista:

Número 1. Gerardo Diego (marzo, 1952). Poema «Los deseos correos». Retrato de Juan Ismael.

Número 2. Pedro Salinas (abril, 1952). Poema «El santo de palo». Retrato de Juan Ismael. Incluye un poema de Pedro Perdomo Acedo: «Muerto yaces señor», dedicado a Pedro Salinas, que había fallecido en diciembre de 1951, antes de imprimir este número.

Número 3. Ventura Doreste (mayo, 1952). Poema «Elegía». Retrato de Juan Ismael.

Número 4. Manuel Pinillos (junio, 1952). Poema «Paisaje preferido». Retrato de Juan Ismael.

Número 5. Carmen Conde (julio, 1952). Poema «La dicha de vivir». Retrato de Juan Ismael.

Número 6. Jacinto López Gorgé (agosto, 1952). Dos sonetos (I y II). Retrato de Juan Ismael.

Número 7. Pino Ojeda (septiembre, 1952). Dos poemas («Hombre» y «Tu última tierra»). Retrato de Juan Ismael.

Número 8. Rafael Montesinos (octubre, 1952). Poema «También es esperanza». Retrato de Vázquez Díaz.

Número 9. Chona Madera (noviembre, 1952). Poema «El último color» (dividido en dos estancias). Retrato de Juan Ismael.

Número 10. Leopoldo de Luis (diciembre, 1952). Poema «El patrimonio». Retrato de Juan Ismael.

Número 11. Gabriel Celaya (enero, 1953). Poema «Nana del niño grande». Retrato de González Castrillo.

Número 12. Joaquín de Entrambasaguas (febrero, 1953). Poema «Los días terribles». Retrato de Juan Ismael.

Número 13. Juan Ismael (marzo, 1953). Poema «Un camino». Retrato de Manolo Millares.

Con la publicación del número 13 en el mes de marzo de 1953, Pino Ojeda introduce el primer balance anual de la revista. En estas líneas, podemos leer (1995: [85]):

Con el número de marzo cumple *ALISIO* su primer año de vida. Su empeño originario se cifraba en lograr un amistoso contacto entre los poetas de estas islas atlánticas y los del resto de España, reuniendo en unas hojas antológicas una muestra expresiva de las voces que lucen con timbre propio en la vida intelectual de nuestra hora.

Sin duda la advocación de su nombre –viento fresco y oreador– ha sido propicia a nuestro intento. Nuestras hojas han llegado a los más distantes rincones y en todas partes han levantado cordiales ecos de aliento y adhesión [...]. Y como nuestros esfuerzos no han desmayado y las voces amicales siguen prestándonos eficaz ánimo nos proponemos iniciar el segundo año de publicación con renovados arrestos. De vez en cuando daremos a la imprenta dos ó tres poemas por mes, según sople el viento de la posibilidad, que no siempre corre parejo al de la voluntad.

Y confiamos [en] que este modesto intento al que se ha hecho [sic] cobrar volumen la valiosa calidad de sus colaboradores, pueda seguir siendo, como dijimos al empezar, lírico mensaje que alivie la forzada

lejanía de los poetas que en estas islas sueñan y crean.

A este balance anual añade Pino Ojeda, también, un índice con el que facilitar, en el futuro, la compilación o edición de todos estos pliegos juntos.

Como podemos intuir en estas líneas, la revista *Alisio...* pronto recibiría la respuesta de numerosos escritores –que enviaban sus ejemplares editados, o bien textos inéditos–, así como de otras revistas, que harían llegar a Pino Ojeda sus propios números. Probablemente, de hecho, este fuera el principal estímulo para continuar con la edición de *Alisio...*, que para entonces ya suponía una interesante antología de voces y formas de sentir el mundo. Continuamos, pues, con la relación de escritores y trabajos del segundo año. En todas estas entregas, los retratos de los autores son realizados por Juan Ismael.

Número 14. Vicente Aleixandre (abril, 1953). Poema «A la salida del pueblo».

Número 15. José Luis Cano (mayo, 1953). Poema «Tengo tus labios».

Número 16. Enrique Azcoaga (junio, 1953). Poema «Cuarenta años».

Número 17. Concha Zardoya (julio, 1953). Poema «El alba última».

Número 18. Pedro Lezcano (agosto, 1953). Dos poemas («Dos cantos a la impureza», I y II).

Número 19. Carlos Rodríguez Spiteri (septiembre, 1953). Poema «El pintor», dedicado a Pablo Palazuelo, Premio Kandinsky 1952.

Número 20. Angelina Gatell (octubre, 1953). Poema «Ya basta».

Número 21. Dictinio de Castillo Elejabeitia (noviembre, 1953). Poema «Corazón creciente», dedicado a Edvige Pesce Gorini.

Número 22. Emeterio Gutiérrez Albelo (diciembre, 1953). Poema «Porque os estoy mirando».

Número 23. María Beneyto (enero, 1954). Poema «La herida».

Número 24. Ramón González-Alegre Balgo-
ma (febrero, 1954). Poema «La tierra áspera».

Número 25. Mario Ángel Marrodán (marzo, 1954). Poema «Doliente fatalidad».

Número 26. Miguel Fernández (abril, 1954). Dos poemas: «Salmo de la gota de agua» y «Doliente fatalidad».

En el segundo aniversario de la revista, Pino Ojeda realiza un nuevo balance (1995: [167]):

Con el número de abril cumple *ALISIO* sus dos años de existencia. Dos años con estrambote, ajustados a los trece meses que permiten iniciarlo y darles remate en la entrega correspondiente al mismo abril.

Si juzgamos por los testimonios de aliento y simpatía que hemos recibido, podemos tener por bien cumplidos los objetivos de nuestra

publicación: constituir una breve antología de la poesía viva de nuestra hora española y trabar, desde estas islas atlánticas, un lírico vínculo amistoso con los poetas de todas partes. La cordial acogida nos incita a levantar un poco más nuestro tímido vuelo inicial. Sin intentar una empresa de más alto bordo, que a la larga encontraría el insoslayable escollo económico de siempre, vamos, sin embargo, a dar más ancho contenido a nuestras hojas. La latitud se entiende en un sentido geográfico: junto a las voces de poetas españoles que hasta hoy han honrado nuestro *ALISIO*, sonarán las de poetas de otras tierras, de otros acentos y de otras lenguas. El alisio es, [a] fin de cuentas, un viento que nos viene de Europa y allí recoge ecos de todos los países. Hubiera sido nuestro deseo acompañar a los poemas en lenguas extrañas [con] su traducción española. Pero sería excesivo empeño sumar a nuestra labor, absolutamente desvalida de otras ayudas, el esfuerzo siempre azaroso y pocas veces certeramente ajustado de la traducción.

Alguna otra pequeña variación tipográfica había de operarse en nuestras hojas, que también, agradecidas a la gentileza y a la adhesión de tantos buenos poetas, duplicará sus números mensuales para dar cabida al crecido número de excelentes poemas que ya aguardan en nuestra cartera [...].

También aquí pergeña Pino Ojeda un índice con los contenidos del segundo año, para facilitar en el futuro la compilación o edición conjunta de los pliegos.

Pero, volviendo al balance que la editora realiza en esta ocasión, es interesante subrayar tres aspectos: por un lado, la ingente canti-

dad de textos y solicitudes de colaboración que recibía *Alisio...* en esos momentos, y que demandaban que se duplicara la periodicidad de las entregas; por otro, las variaciones a las que se refiere Pino Ojeda, que conllevan un cambio en la forma de nominar cada pliego, introduciendo el año (por ejemplo, Año 3. N.º 1), así como la inclusión de una breve cita o biografía de cada escritor –según el caso–, que precede y acompaña al texto; y, finalmente, el renovado empeño no solo de editar los diferentes trabajos, aceptando el reto de duplicar las publicaciones, sino también de ofrecer textos llegados de otros países. En este sentido, si bien Pino Ojeda no pudo hacer frente a los objetivos marcados –el tercer año de *Alisio...* contó únicamente con tres números, dado que económicamente nuestra editora no pudo seguir costeándola–, sí podemos decir que, para entonces, los pliegos poéticos ya habían atravesado las fronteras del país, y habían llegado a los oídos de otros artistas del extranjero. Tales fueron la fuerza y el empuje de la publicación. Veamos, pues, la relación de las últimas colaboraciones:

Año 3. N.º 1. Juan Ramón Jiménez (mayo, 1954). Poema «Un dios en blanco». Incluye, antes del poema, «Mi biografía y mi bibliografía», como cita del autor (perteneciente a *Dios deseado y deseante*, 1949). Retrato de Juan Ismael.

Año 3. N.º 2. Louis Emié (junio, 1954). Un poema escrito en francés, «La figure», dedicado a Jacques Duron, dividido en cuatro estancias (I, II, III y IV). Incluye, previamente al poema, una biografía del autor. Retrato de Juan Ismael.

Año 3. N.º 3. Cuento de Navidad de Pino Ojeda, Navidad de 1955. Ilustración navideña de Juan Ismael.

Como podemos observar, la trayectoria de *Alisio...* finaliza con un cuento de navidad de la editora grancanaria. Se trata de un broche final en prosa para un proyecto poético que, sin duda, logró superar los obstáculos del mar y la distancia, si bien finalmente se vio obligado a cesar ante la total carencia de apoyos económicos.

3. Contenidos de la revista: líneas temáticas principales

Como ya apuntamos más arriba, la cartera de autores de *Alisio...* está constituida por plumas pertenecientes a la Generación del 27, a la Generación del 50, o bien a caballo entre ambas. Se trata de un total de veintisiete hombres (cuatro de ellos ilustradores) y cinco mujeres (aparte de la propia Pino Ojeda) con los que nuestra editora mantendrá correspondencia epistolar y colaborará en lecturas y recitales en diferentes ciudades del territorio nacional, a lo largo de los años.

Como es lógico, el hecho de fundar la revista en 1952 va a determinar la elección de las líneas temáticas más presentes en los pliegos: el contenido político, social y espiritual va a ser constante, como una bandera que reclamara libertad y justicia, desde las primeras hasta las últimas colaboraciones. Algunos ejemplos los encontramos en la siguiente selección de versos, que esperamos sirvan como ejemplo para ilustrar la fortaleza temática y formal de las entregas:

1. Gerardo Diego escribe un poema cuyo eje temático hoy podría parecerse banal: la llegada del correo. No obstante, en una época de censura e incomunicación como la del franquismo, la llegada de una misiva se tornaba, muchas veces, en el acontecimiento del día.

[...]

Y vienen y van.

Y van y vienen.

Son ellos: calla, escucha.

Los deseos correos.

Escucha su rasgar de seda azul,

su besar, su timbrar de nubes,

su estremecer de alas y papeles.

Tan altos van que nadie, nadie los sospecha.

[...]

2. Pedro Salinas toma como eje vertebrador de su poema la descripción física de un árbol en decadencia. Lógicamente, este elemento natural actúa como metáfora de una sociedad que, como aquel, pierde su identidad y su alegría:

[...]

¿Quién eres tú? ¿Dónde tus ramas, dónde las hojas que solías?

¿No sientes ya que el viento te hace música?

¿De dónde te sacaron la mirada

y su tristeza? ¿Dónde están tus nidos?

¿Los pájaros, te quieren?

¿Vienen en ti a vivirse, todavía?

[...]

3. Ventura Doreste escribe una elegía, composición poética que ya determina, *a priori*, la elección de un tono poético de lamentación o de trágica pérdida. En este caso, se trata de la muerte, quince años atrás

—es decir, durante la Guerra Civil—, de un compañero.

Negra lengua de tiros. Y la sangre alzó distancias entre tú y nosotros. Creció el pavor de la niñez perdida en los pulsos de todos.

Surgieron los colores más sombríos, la sierpe del disparo tenebroso, tambores que aplastaban agonías y un rumor melancólico.

[...]

A ti, que hablabas con la luz y el júbilo, te apagaron la voz. Y el canto roto se escucha susurrar bajo la tierra con clarísimo tono.

Y quince años han puesto más distancia, uniendo más tu cuerpo con el polvo.

[...]

4. Carmen Conde titula su poema «La dicha de vivir»; y es que la autora, en un momento político y social tan complicado como el de la dictadura de Franco, decide enfocar su texto desde un punto de vista muy particular: el de la gloria de estar vivo. Sin embargo, a medida que avanza la composición, también seremos testigos de una sutil sombra, de una duda que impregna el poema de cierta inquietud:

[...]

Son los primeros días, las horas iniciales; el universo aprende que tiene días anchos.

Aquí están las mañanas, vendrán luego las tardes

y las noches de luna con aljibes de fango...

Ahora, no; ahora, los que caminan oyen
cómo la voz del campo crece dentro del pino,
y va en la tierna boca de ese viento salobre
que llega desde el puerto como un amargo vino.



5. Pino Ojeda ofrece dos poemas en prosa en los cuales, como en toda su trayectoria poética, el ser amado que ya no está se torna en presencia. Es a él a quien habla la autora, con el tono de nostalgia y honda sensibilidad que caracteriza a su producción literaria:

De «Hombre»:

Ven, hombre amargo, que voy a decirte cómo
te quiero
cómo te llamo por las horas de tu reloj de
herrumbre
por ese tictac áspero y encadenado.

[...]

Te diré –aunque no quieras oírme–
cómo tienes que recibir la noche
para que no se enreden en tus ojos las arañas.

[...]

Te diré, muchacho amargo, cómo tienes que
descansar los labios
para que no se te rompan en grietas y surcos
de estraza.

[...]



¡Oídos y no voz es lo que yo quisiera ser!
Porque oírte, como única existencia
sería desentrañar el mensaje inicial que a
nadie
has podido decir.

Sería, en fin, hacer de mí tu último refugio:
la tierra generosa donde abandonarás
–con un gesto de dios entregado–
toda la fértil raíz de tu vida.

Nótese, en el ferviente deseo de poder oír el mensaje del amado ya desaparecido, esa carga de espiritualidad que comentábamos algunas líneas más arriba. Porque los autores de *Alisio*... no hablan de religión, pero sí de fe y de hondas esperanzas en las que cultivan su propia espiritualidad, su propio misticismo y su personal forma de construir un pensamiento sobre el más allá.

6. Rafael Montesinos escribe un poema que habla del tópico literario *mors omnia vincit*: la reflexión sobre la muerte y su capacidad aniquiladora engarza las nueve cuartetas que constituyen su entrega:

[...]

¿Me desamparán
los nombres que recuerdo?
¿Irán al aire, irán
al aire en que me pierdo?

Nombres que amando sigo,
nombres que el labio nombra,
sombras que irán conmigo
a perderse en la sombra.

Descansaré esta guerra
sobre mi barro inerte,
mientras toma la tierra

la forma de mi muerte.
[...]

7. Chona Madera, al igual que hiciera Pedro Salinas con el árbol, va a utilizar un elemento natural que representa la decadencia. En este caso, se trata de una hoja que actúa como símbolo de la fragilidad:

Aquella tarde
tu dorada mortaja me dio pena infinita:
[...]

Símbolo de los niños muertos,
por ti nacida,
una inmensa amargura
vino a mi corazón estremecido:
Por sus frentes de nardo marchitado.
Por sus frentes doblemente blancas.
Por sus frentes para siempre frías.
[...]

Como se puede apreciar, aquí la debilidad de una hoja se equipara a la frágil vida de los niños y a la pequeñez de sus cuerpos.

8. El de Leopoldo de Luis es un poema espe-

cialmente contestatario. En él encontramos los temas de la tierra, la patria y el exilio; pero también el de la muerte que todo lo devora.

Esta tierra violenta, este destierro es mío.
Lo definiendo con uñas y con dientes.
[...]

Esta tierra se forja en oleadas
de humanos cuerpos en su vientre hundidos.
Seres con esta misma sed y estas miradas
y estos súbitos sueños afligidos.

En ellos tengo la estirpe y a ellos suena
mi solitario corazón, y sigo
levantando silencios de ansia y pena
mientras la luz futura va conmigo.
[...]

Este es mi edén; la tierra que me gana.
La tierra que nos come poco a poco y nos gana.

9. Gabriel Celaya ofrece la «Nana del niño grande», evocando la composición de Miguel Hernández y la terrible pérdida de la infancia.

–Duérmete. Duerme.
Tu historia es más antigua.
Húndete. Vuelve.
[...]

–En mí se manifiestan
las mil ausencias,
mecanismos de estrellas,
noches a vueltas.
Cifras y cifras
imparciales y neutras
me deshabetan.

–Duérmete. Duerme.
¡Qué gran paz, niño grande,
cuando el yo muere!
[...]

Se trata de un poema donde el ambiente del sueño y la disposición visual de los versos crean una atmósfera de levedad, que contrasta con la dureza de contenidos. Y es que el autor construye un símil entre el placer del sueño y la fruición de morir, como si el sueño eterno fuera el modo de alcanzar la paz. En la vida quedan esas «cifras y cifras/ imparciales y neutras», ese número frío y aterrador de muertes que recogen los libros de historia, y que responden, individualmente, a cada una de las vidas que destruyeron la guerra, la posguerra y la dictadura.

10. Joaquín de Entrambasaguas, como hiciera Carmen Conde en «La dicha de vivir», escribe un poema que habla sobre los días que transcurren y el hecho de estar vivo. No obstante, en esta composición el autor se centra en escribir sobre «los días terribles»: aquellos caracterizados –como observaremos en los versos– por la marca de un sistema educativo donde se castiga con violencia física, la amenazadora censura y, finalmente, el hambre:

Hay días interminables;
días que se alargan reptando sobre sí mismos;
días cubiertos de grises arcos
que se van cerrando, cerrando hasta ser anillos
que nos oprimen el corazón con su tenaza de nieblas.
[...]

En esos terribles días
debemos llevar puesta nuestra gran cara de tonto de once años
con la señal de las bofetadas educativas
y un pañuelo empapado de lágrimas y risas.

En esos terribles días
debemos empaquetar cuidadosamente el cerebro y el corazón
entre virutas de versos y suspiros
abrazándolos con el aviso de «muy frágil».

En esos terribles días
debemos llevar un mendrugo de pan en el bolsillo
y arrancar de él miguitas y miguitas
para ir echando de comer, al paso,
a las palomas grises del alma.

11. Juan Ismael contribuye, en su faceta como poeta, con una composición que habla sobre la vida, estableciendo el símil con un camino inesperado, inacabado, y en el que la principal preocupación es, siempre, el futuro:

Un camino que llega y que se marcha
Un camino con pie camina solo
Sin posible final sin meta alguna
En la tierra un camino queda en eso

Y todo en esta vida es un camino
El hombre aquel que su camino quiere
El hombre aquel que su camino sigue
El hombre aquel que su camino acaba
[...]

12. Vicente Aleixandre opta por describir una situación, como si el poeta fuera un observa-

dor que escribe lo que se detiene a contemplar en su camino. Podríamos decir que el tema principal aquí es el abismo generacional: la diferencia de actitud entre los mayores –viejos, callados y pensativos– y los más jóvenes, llenos de una alegría tal vez dada por la ignorancia, por el hecho de no haber vivido un pasado reciente y perturbador como el de la guerra:

Todos ellos eran hermosos, tristes, silenciosos, viejísimos.

Tomaban el sol y hablaban muy raramente. Ah, el sol aquel dulce, que parecía cargado de la misma viejísima vida que ellos.

Un sol casi melodioso, irisado, benévolo, en aquellas lentas tardes de marzo.

[...].

A veces mirándolos se pensaba en una piedra dorada, arcillosa, quizá pulida por el paso de las lluvias y de los soles.

[...]

Pero todos agrupados, diseminados en el corto trecho, callados y vegetativos, profundos y abandonados a la benigna mano que los unía.

Mucho se podría aprender. De la tristeza, de la vida, de paciencia, de limitación, de verdad.

Pasaban los jóvenes alborotando. Cantaban las muchachas y se atropellaban riendo los niños.

Y nadie miraba.

A un lado del camino solían reunirse los viejos.



Fijémonos en que Aleixandre no desvela en qué piensan los mayores, por qué callan. Solamente describe un ambiente, un instante de vida en cualquier camino de España, como haría un pintor con su paleta de colores. Pero esta atmósfera cotidiana sirve al lector para adivinar, de forma sutil y tremendamente bella, que cada generación es hija de su tiempo. 13. El texto de Concha Zardoya es uno de los más bellos y, al mismo tiempo, uno de los más desgarradores. Otorga al poema un tono apocalíptico que preludia el final del ser humano como especie, además de indagar en el dolor de las mujeres, madres y esposas, que viven para engendrar hijos que matarán y/o morirán, en una guerra tan inevitable como absurda.

Acaba de nacer el alba última.
 Más grises, más que nunca, sus cabellos.
 Más pesados sus años que las rocas
 de mil montañas altas, de mil llanos.
 Más gastada su vida que la arena
 pisada por los mares y los siglos.

Más cansada que nunca de ser vieja,
 de ser madre y esposa inútilmente.
 Y más triste que nunca por sus hijos
 –Abeles y Caínes indistintos–
 que han muerto y morirán del mismo odio.
 [...]

Mañana reinará un alba negra,
 debajo del sol negro, sobre el mundo.
 Habrá noche mañana en sierra y valle.
 Galopará la sangre ya disuelta
 en corceles de sombra desbocada.

Su milenaria estirpe se habrá muerto
 en un mismo minuto sin historia
 [...]

¿Qué hará nuestro Dios, vagando solo
 por el páramo seco de la tierra?
 ¿O volverá a crear un Hombre Nuevo,
 origen de otro mundo y de otros ciclos?
 ¿Se cansará algún día de ser Uno,
 Cero triste, sin par, deshabitado?

Como se puede observar, este es uno de los
 poemas que más terriblemente interrogan
 por un Dios que parece distante y solitario,
 como si esperara el fin de nuestro mundo, tal
 vez un proyecto que ya no le interesa o por
 el que ha dejado de luchar.

14. Angelina Gatell ofrece una de las com-
 posiciones más valientes de *Alisio...*, puesto
 que en ella la autora hilvana un ruego a Dios,

y hace referencia al grito que pronunciarán
 todos los elementos del mundo: «Ya basta».

[...]

Que ya basta, Señor. Lo gritarán las madres
 que parieron sin tregua, hijos, hijos,
 y más hijos, Señor, la entraña abierta,
 propicia siempre siempre al hombre, a su
 instintivo
 ademán de crecer, de alzar, de ser futuro...
 de ser en los demás, de ser en todo,
 de derramarse en todo, de desdoblarse en
 todo...
 y ser grito y silencio juntamente.

Lo gritarán las tardes, los celajes,
 las hondas músicas perdidas;
 los que fueron ayer y se cuajaron a ras de las
 raíces...

Lo gritarán las aves, las estatuas
 de los paseos públicos,
 allí donde los niños con sus juegos
 van creciendo en el odio, en la fatiga,
 en la triste fatiga del odio, Señor, que nos
 abrumba.

Lo gritarán las cosas cotidianas:
 el azadón, la sierra, el reloj de la torre,
 la crin de los caballos...
 Todo de pie, todo en un grito
 que hará temblar el árbol y el cemento,
 que hará temblar la nube,
 que hará crujir de espanto al hombre mis-
 mo...
 ¡Ya basta! ¡Ya basta! ¡Ya basta!

Que ya basta, Señor. Son muchos los muer-
 tos
 rotundamente muertos para siempre;
 derribados, vencidos, cercenados

como tallos levísimos.
 Son muchos los muertos y no sabemos
 en holocausto a qué dieron sus vidas,
 sus dulces vidas clausuradas,
 perdidas como el humo, sin remedio.
 [...]

En efecto, la guerra es contemplada aquí como una sinrazón, un hecho siempre injustificado, siempre injusto, que tiene como origen una causa que no es causa, sino únicamente consecuencia.

15. En el caso de Dictinio del Castillo Elejabeitia, encontramos un tema inspirador: el importante papel que desempeña el poeta, como ser que expresa el mundo y contribuye con su palabra en la construcción de un futuro:

[...]
 Llevas en tu pecho el corazón del mundo y
 hablas en
 todas las lenguas de la humanidad futura.
 Lejos hoy de ti los ángeles atormentados,
 porque venciste a la muerte con el arpón del
 espíritu
 y tu flecha hizo diana en el lucero más dis-
 tante.
 Amplio es tu acento y tu estatura creció has-
 ta hacerse
 digno de la humilde violeta,
 tu mano creció hasta poder estrechar las ma-
 nos de tus
 enemigos
 y tus hombros crecieron hasta poder sopor-
 tar el peso del destino.

Estás, poeta, en el confín del mundo, en el
 lindero
 entre lo visible y lo invisible

y contemplas sereno el gran vacío que tu pa-
 labra
 llenará
 [...]

16. El poema de María Beneyto viene a se-
 guir, *mutatis mutandis*, el tono de angustia de
 Angelina Gatell. Como ella, María Beneyto
 también insta a Dios, y habla de la guerra, de
 la muerte y el sufrimiento. Pero, sobre todo,
 transmite un hondo mensaje de desesperan-
 za, que se sustenta en la necesidad de ol-
 vidar a Dios, de no buscarlo, de asumir que
 ya no está, para poder hallar la felicidad sin
 esperar a que llegue de su mano. Pensemos
 en el riesgo que corrió la poeta al publicar
 este texto en plena década de los cincuenta.

Los que habitamos la tormenta somos
 estos que aquí callamos, bendecimos.
 (Después de haber luchado cuerpo a cuerpo
 con las torvas negruras envolventes
 y estar sangrando aún de su mordida.)

Los que llevamos un cadáver dentro
 y sin embargo amamos la alegría,
 y blanqueamos la inocencia vieja
 para decirle al niño la alborada,
 somos los que habitamos la tormenta.

¡Qué necesaria, Dios, la herida propia
 para ascender del corazón pequeño
 al corazón inmenso de la vida!
 ¡Qué necesaria muerte voluntaria
 precisan tus recónditas criaturas!

Tal vez el ser feliz sea estar ciego.
 Concretarse a un latido y a una sangre.
 Cerrar un pozo, una isla de agua.
 Apresar el amor, hacerlo hijo
 y no buscarte, Dios, con esta angustia...

[...]

17. Ramón González-Alegre Balgoma ofrece en su poema una serie de imágenes muy perturbadoras: las imágenes del horror que quedaron fijas, para siempre, en nuestras retinas:

[...]

No sé cómo decir algo de mí,
algo que quede entre los turbios puentes,
esos que pasan con gritos,
con niños ahogados,
con enamorados muertos.
No sé cómo decirlo en esta piedra
donde se mueve el río de mi sangre.

Hasta aquí, hemos realizado un recorrido por la mayor parte de las entregas que constituyen la antología de Alisio. Hojas de poesía. La conclusión que obtenemos con respecto a los contenidos es clara: las líneas temáticas responden a las preocupaciones sociales, políticas y espirituales que latían en los corazones de los artistas de la época. Alisio... se sitúa en un momento de tránsito, al inicio de la década de 1950, cuando los peores años de la posguerra habían trazado heridas ya incurables. El pequeño, mínimo puñado de poemas que en Alisio... no se ajustan a estas líneas temáticas constituyen las excepciones que confirman la regla; ese interés general por compartir textos que enraizaron en la literatura realista y en la poesía social, y que emergieron a través de las voces que unieron su canto, a pesar de la distancia geográfica, en nombre de la libertad, la justicia y el futuro.

Los autores de Alisio... tuvieron la valentía y la enorme generosidad de expresar sus in-

quietudes –que son las inquietudes de toda una época–; desafiando los amenazantes mecanismos de la maquinaria franquista y de la censura. He aquí, pues, uno de los valores esenciales de los pliegos, y una de las causas principales por las cuales debemos apreciar el proyecto editorial capitaneado por Pino Ojeda.

Bibliografía

- OJEDA QUEVEDO, P., Niebla de sueño. Mensaje, Santa Cruz de Tenerife, 1947.
OJEDA QUEVEDO, P., Como fruto en el árbol. Rialp, Madrid, 1954.
OJEDA QUEVEDO, P., La piedra sobre la colina. Tagoror de Ediciones, Tenerife, 1956.
OJEDA QUEVEDO, P., El alba en la espalda. Ediciones Torremozas, Madrid, 1987.
OJEDA QUEVEDO, P., El salmo del rocío. Fundación Fernando Rielo, Madrid, 1993.
OJEDA QUEVEDO, P., Alisio. Hojas de poesía (1952-1955). Viceconsejería y Deportes del Gobierno de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria, 1995.
OJEDA QUEVEDO, P., Antología poética (ed. Sebastián de la Nuez). Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria, 1997.
OJEDA QUEVEDO, P., Árbol del espacio. Archipiélago/Domibari, Las Palmas de Gran Canaria, 2007.